

**CATEDRA DE SAN PEDRO**  
**Edificados sobre la confesión de fe de Simón**  
**Homilía en la Basílica de María Auxiliadora para los Capítulares**

Queridos hermanos,

Estoy muy contento de presidir esta primera Eucaristía del inicio del Capítulo General, aquí en la Basílica de María Auxiliadora, expresión de la gratitud de nuestro querido padre, Don Bosco, por la presencia amorosa de la Virgen en su vida y en su misión. Ella siempre ha sido la madre y la maestra que recibió en el "sueño" de nueve años y por la que siempre ha sido acompañado y apoyado en la fundación y desarrollo de su obra.

Hoy la liturgia nos presenta la fiesta de la Cátedra de San Pedro, que nos ofrece una magnífica oportunidad para hacer memoria viva y actual del primero entre los apóstoles, Simón Pedro, y para reafirmar nuestro "sensus Ecclesiae" y nuestra adhesión filial al Papa, hoy Francisco.

Natural de Cafarnaum , de profesión pescador, Simón se encontró con Jesús de Nazaret, en el ejercicio de su oficio de pescador: lo dejó todo, hogar y parientes, para seguir al Maestro para siempre. Su personalidad, tan simple y simpática al mismo tiempo, surge espontáneamente de todo el relato evangélico. Más allá de sus méritos, Jesús lo escogió con los doce, y entre los Doce le eligió como el primero. La celebración de hoy con el símbolo de la cátedra hace hincapié en la misión de *maestro y pastor* que Cristo le confirió a Pedro: sobre él, sobre su confesión de fe, como sobre una roca, Cristo fundó su Iglesia.

Es ejemplar lo que el Apóstol dice de sí mismo. En la primera lectura se presenta como un "anciano", "testigo de los sufrimientos de Cristo", "participe de la gloria que debe manifestarse" , de esta auto-presentación podemos comprender la plena identidad del discípulo - apóstol Pedro. Vivió como discípulo, compartiendo la suerte del Maestro, sin perder nunca la esperanza. Igualmente importantes son las recomendaciones que Pedro desea confiar a los ancianos a los que se dirige, recordando el honor y la carga de la responsabilidad que Jesús colocó sobre sus hombros. Las llamadas a apacentar, a velar y a hacerse modelos de la grey se suceden con un ritmo insistente: señal de que el apóstol no está para transmitir algo suyo, sino una misión que se le ha confiado para ser compartida y participada.

No el interés propio, sino el amor a los demás debe inspirar y sostener a los "ancianos", es decir, a los que en la Iglesia están llamados a ejercer un ministerio de autoridad y guía. La espiritualidad apostólica exige servicio total, plena dedicación, fidelidad incondicional hasta el final. Las últimas palabras de esta lectura contiene una promesa: a aquellos que

permanecen fieles se les asegura una "*corona de gloria*", será el Pastor supremo quien coronará a los pastores de la Iglesia. El Magisterio de Pedro, su cátedra, más que de palabra está hecho de testimonio, de una vida gastada en el seguimiento de Cristo y en la custodia de la grey. ¡Todo esto es un ejemplo para nosotros!

El evangelio nos acaba de recordar uno de los momentos más importantes de todo el ministerio público de Jesús. Tras un período de convivencia con sus discípulos que lo habían acompañado mientras predicaba el Reino de Dios, Jesús se retira a un segundo plano. Lejos de cuanto pueda crear distracción, Jesús está interesado en saber lo que la gente dice de él y lo que piensan ellos mismos. No es mera curiosidad lo que empuja a Jesús a hacer tal pregunta, su intención es forzar a sus discípulos a tomar partido por Él y a proclamar públicamente qué es para ellos y lo que esperan de él siguiéndolo.

El que quiera ser discípulo de Jesús termina siempre sintiéndose obligados a definirse definiéndolo: a Jesús no le basta que se le siga de cerca, es necesario que se le conozca en realidad y que se lo proclame sin complejos. El discípulo de Jesús debe hacerse su testigo; el apóstol de Cristo debe convertirse en su anunciador. También hoy Jesús sigue preguntándonos cuál es la opinión de la gente acerca de Él y sigue pidiéndonos qué es él para nosotros.

Confesar a Jesús no es simplemente afirmar la opinión que tenemos de Él; ni siquiera es confesar la fe que hemos recibido de nuestros padres y en la Iglesia. Aceptándolo como Cristo e Hijo de Dios, Pedro no proclamó lo que sentía por Jesús, no expresó su opinión personal, dijo lo que Dios había puesto en su corazón. Creer en Jesucristo supone, por lo tanto, hacer nuestro el punto de vista de Dios, ver a Jesús como Dios lo ve, sentir por Él lo que Dios siente, contemplarlo a la luz de Dios y amarlo como Dios quiere. No es legítimo imaginar a Jesús a la medida de nuestros deseos y según nuestras necesidades; esta imagen no reflejaría al Jesús auténtico, el verdadero Hijo de Dios. Un Jesús moldeado según nuestros gustos no estaría a la altura de Dios: Jesús, el Mesías y el Hijo de Dios, es siempre mejor que lo que podríamos desear, pero para experimentarlo, debemos aceptarlo como realmente es, y como Dios nos lo ha dado.

Sólo los discípulos que, como Pedro en Cesarea, ven a Jesús con la mirada de Dios y lo proclaman como Dios se lo ha revelado, serán llamados a ser piedra y fundamento de la fe para los demás. Hoy Jesús tiene necesidad de creyentes que, como Pedro, lo proclamen Mesías e Hijo de Dios, estos serán declarados bienaventurados por Él y les será confiada por Él la misión de ser piedra y fundamento de la fe de los demás, en nuestro caso específico, de los jóvenes. En la Iglesia, la autoridad con capacidad de enseñar y la tarea de custodiar se funda en la fe personal.

Concluyo citando las palabras de San Agustín: " En Pedro percibimos la piedra elegida... En Pedro se reconoce a la Iglesia. De hecho, Cristo edificó a la Iglesia no sobre un hombre, sino sobre la confesión de Pedro. ¿Cuál fue la confesión de Pedro? "*Tú eres el*

*Cristo, el Hijo de Dios vivo*" (Mt 16, 16). Esta es la piedra, este es el fundamento, es aquí donde es edificada la Iglesia a la que las puertas del infierno no van a vencer (cf. Mt 16:18)<sup>1</sup>.

Sintámonos hoy impulsados en la intimidad del corazón a decirle a Jesús lo que representa para nosotros. ¡Bienaventurado el que entre nosotros lo confiesa, haciendo propias las palabras de Pedro! Porque entonces también a nosotros se nos confiará su misión: ser fundamento y apoyo de la fe y la fidelidad de los demás.

Invoquemos a María. Ella nos lleve de la mano como lo hizo con Juan y continúe guiándonos en asumir hasta el fondo con alegría y fidelidad la misión que Dios nos ha confiado como Congregación: comunicar la belleza de la fe a los jóvenes, anunciarles la alegría del Evangelio, a saber "apacentar la grey de Dios que nos ha sido confiada" en la Iglesia.

Don Pascual Chávez V., sdb  
Valdocco, 22 de febrero de 2014

---

<sup>1</sup> *Agustín de Hipona, Sermones para los tiempos litúrgicos, Milán, 1994, 371s.*